
HISTORIA  MÍNIMA DE

la Guerra Civil española

Enrique Moradiellos



EL COLEGIO DE MÉXICO



TURNER

Título original:
Historia mínima de la Guerra Civil española
© Enrique Moradiellos García, 2016

De esta edición:
© Turner Publicaciones S. L., 2016
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

Primera edición: junio de 2016

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-16714-02-5

Diseño de la colección:
Sánchez / Lacasta

Depósito Legal: M-16623-2016
Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Prefacio	11
I	
La Guerra Civil entre el mito y la historia	15
II	
La Segunda República: política de masas en democracia	37
III	
El estallido de la guerra: un golpe militar parcialmente fallido	85
IV	
Reacción y militarización en la España insurgente: la construcción de una dictadura caudillista	113
V	
Guerra y revolución en la España republicana: del colapso del estado a la precaria restauración democrática	153
VI	
La dimensión internacional: el reñidero de toda Europa	199
VII	
El curso militar: de una guerra breve de movimientos a una guerra larga de desgaste	243
VIII	
Vencedores y vencidos: el coste humano de la Guerra Civil	273
Bibliografía: una selección básica	293

Para Inés, mi hija.
Para Susana, su madre.
Porque ambas son,
con permiso de Auden,
mi norte y mi sur,
mi este y mi oeste,
mi jornada laboral,
y mi descanso dominical.

PREFACIO

Escribir libros de historia significa ofrecer la materia prima necesaria para un uso público del pasado. Aquella no hace del historiador un guardián del patrimonio nacional –dejémosle esta ambición a otros– porque su intento consiste en interpretar el pasado, no en favorecer procesos de construcción de identidad o de reconciliación nacional. Un intelectual –y por lo tanto también un historiador–, ‘orgánicamente’ ligado a una clase, a una minoría, a un grupo o a un partido, corre el peligro de olvidar la autonomía crítica esencial para su trabajo.

ENZO TRAVERSO, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945* (2007).

Este libro quiere ser una introducción panorámica sobre los antecedentes, curso, desenlace y significado histórico de la Guerra Civil librada en España durante casi tres años, entre julio de 1936 y abril de 1939. Fue una cruel contienda fratricida que constituye el hito trascendental de la historia contemporánea española y está en el origen de nuestro tiempo presente, transcurridos justo ahora ochenta años desde su comienzo. Y la obra aspira a cumplir esa tarea informativa e interpretativa con el mayor grado posible de rigor historiográfico, dentro de las coordenadas propuestas por el historiador italiano

Enzo Traverso que figuran al comienzo. Esto es: presentando en toda su complejidad los perfiles básicos del conflicto español que puso fin a la Segunda República y dio origen a la dictadura del general Franco, con sus pertinentes matices de luces y sombras, sin ánimo beligerante sectario, ni propósito maniqueo intencionado.

La tarea no es nada sencilla porque la Guerra Civil española fue un cataclismo colectivo que abrió un cisma de extrema violencia en la convivencia de una sociedad atravesada por múltiples líneas de fractura interna y grandes reservas de odio y miedo conjugados. Y que produjo en el país, ante todo y sobre todo, una cosecha brutal de sangre abundante y diversa: sangre de amigos, de vecinos, de hermanos, de conocidos, de hombres, de mujeres, de jóvenes, de mayores, de culpables y de inocentes. Sencillemente porque en una guerra civil el frente de combate que divide las dos mitades enfrentadas es una trágica línea imprecisa que atraviesa familias, casas, barrios, ciudades y regiones, llevando a su paso un deplorable catálogo de atrocidades homicidas, horrores inhumanos, ignominias morales y a veces también de actos heroicos, gestos nobles y conductas filantrópicas. Y fue así en la guerra española como había sido antes en otros episodios similares, por ejemplo en la guerra civil rusa de 1917-1920, tal como recordaría el militante comunista Víctor Serge:

No puede entenderse la guerra civil si uno no se representa a estas dos fuerzas [rojos y blancos], confundidas, viviendo la misma vida, rozándose en las arterias de las grandes ciudades con el sentimiento neto, constante, de que una de las dos debe

matar a la otra. [...] Guerra a muerte, sin hipocresías humanitarias, donde no hay Cruz Roja, donde no se admite a los camilleros. Guerra primitiva, guerra de exterminio, *guerra civil*.

La investigación histórica sobre las guerras civiles contemporáneas confirma esa impresión personal del testigo. La guerra civil es una forma de “guerra salvaje” precisamente por librarse entre vecinos y familiares conocidos, bastante iguales y siempre cercanos (no por ser todos desconocidos, diferentes y ajenos). El triste corolario de una contienda de esta naturaleza fue apuntado por el general Charles de Gaulle en 1970: “Todas las guerras son malas, porque simbolizan el fracaso de toda política. Pero las guerras civiles, en las que en ambas trincheras hay hermanos, son imperdonables, porque la paz no nace cuando la guerra termina”.

En efecto, al término de la brutal contienda civil de 1936-1939 no habría de llegar a España la Paz sino la Victoria y una larga dictadura. Y entonces pudo comprobarse que, cualesquiera que hubieran sido los graves problemas imperantes en el verano de 1936, el recurso a las armas había sido una mala “solución” política y una pésima opción humanitaria para el conjunto del país. Simplemente porque había ocasionado sufrimientos inenarrables a la población afectada, devastaciones inmensas en todos los órdenes de la vida socioeconómica, daños profundos en la fibra moral que sostiene unida toda colectividad cívica y un legado de penurias y heridas, materiales y espirituales, que tardarían generaciones enteras en ser reparadas.

La tarea de recordar aquellos días y horrores no solo tiene como objetivo dar a conocer mejor lo que fue una inmensa carnicería que traumatizó a una sociedad decantada por siglos de convivencia, pero partida en dos de arriba abajo para la ocasión. También supone ejercitar una obligación de profilaxis cívica bellamente apuntada, en medio de tanta tragedia, por el presidente Manuel Azaña en un inspirado discurso en el ayuntamiento de Barcelona con ocasión del segundo aniversario del comienzo de la contienda (el 18 de julio de 1938):

No [...] voy a aplicar a este drama español la simplísima doctrina del adagio de que ‘no hay mal que por bien no venga’. No es verdad, no es verdad. Pero es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres, que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón.

*L*a Guerra Civil española fue un cruento conflicto librado entre el 17 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939 que enfrentó a dos bandos armados en el campo de batalla. Por un lado, el bando republicano o frentepopulista (los “rojos” o “comunistas”, según la terminología de sus enemigos), conformado por las fuerzas sociopolíticas de las izquierdas reformistas y revolucionarias que apoyaban al gobierno de la Segunda República constituido tras las elecciones generales de febrero de 1936. Por otro, el bando insurgente o franquista (los “azules” o “fascistas”, según la denominación de sus enemigos), configurado en torno a los mandos militares sublevados contra dicho gobierno en el verano de 1936 y articulado por las fuerzas sociopolíticas de las derechas contrarrevolucionarias y antirrepublicanas. Fue, así pues, un conflicto que reproducía todas las características de una guerra civil conocidas en la historia: la fragmentación del poder unitario del estado por el surgimiento de dos facciones armadas que compiten por el control de un mismo territorio y población mediante el recurso a la violencia generalizada y extrema para lograr su propósito y aplastar toda resistencia contraria.

CONFLICTO INTERNO Y CONTIENDA INTERNACIONALIZADA

En su calidad de guerra civil, el conflicto de España es una manifestación evidente de la gravedad de las frac-

turas presentes en la sociedad española, que están en el origen de su propio estallido. Como ya advirtiera Karl von Clausewitz a partir de su propia experiencia en las guerras napoleónicas: “La guerra nunca estalla de improviso ni su preparación tiene lugar en un instante. [...] Las pasiones que deben prender en la guerra tienen que existir ya en los pueblos afectados por ella”.

La naturaleza y perfil de esas causas originarias son bien conocidas en líneas generales y planteaban desafíos complejos y nada prestos a soluciones rápidas: el agudo contraste entre zonas del país con predominio de una sociedad urbana modernizada y cosmopolita y zonas hegemónicas por una sociedad rural de mayor atraso socioeconómico y hábitos tradicionales; la tensión entre grupos sociales partidarios de alternativas políticas liberal-democráticas o revolucionarias deudoras de una ética secularizante y defensores de tradiciones políticas y valores religiosos más conservadores o decididamente antiliberales; la dinámica opositora entre el nacionalismo español unitario y centralizador característico del estado liberal y las crecientes demandas autonomistas o secesionistas de nuevos nacionalismos de la periferia territorial alentados por la gran crisis colonial de 1898; el pulso latente entre la voluntad de primacía de la autoridad civil constitucional y las tentaciones de un veterano pretorianismo militar fraguado por decenios de conflictos internos y crisis coloniales, etcétera.

Dicho en otras palabras, quizá más certeras, la guerra de 1936-1939 fue la resultante última de varios conflictos

combinados que acabaron traspasando el umbral de las hostilidades y convirtiéndose en una guerra declarada en la crítica coyuntura del verano de 1936. Conflictos, tensiones y fracturas de larga gestación previa que convirtieron la contienda, ante todo, en una verdadera lucha de clases por las armas, pero también en una lucha de ideologías políticas enfrentadas, de mentalidades socio-culturales contrapuestas, de sentimientos nacionales mutuamente irreductibles y de creencias religiosas incompatibles. Como apreciaría ya en el exilio en 1939 poco antes de su muerte Manuel Azaña, el presidente de la República vencida que había sido uno de sus artífices principales, esas causas del conflicto había que buscarlas en “el fondo mismo de la estructura social española y de su historia política en el último siglo”.

No cabe duda, así pues, de que la guerra fue un conflicto endógeno de raíces internas que se convirtió en el acontecimiento central y decisivo de la historia española contemporánea: una “tragedia española” (palabras de Raymond Carr) que además de ser el punto culminante de su convulsa trayectoria histórica desde la guerra de Independencia de 1808 fue también su elemento diferencial más notorio en el contexto histórico europeo circundante, con un eco internacional y proyección simbólica excepcionales en la crítica coyuntura que precedió al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Como dejó anotado el escritor estadounidense Arthur Miller en el año 2003:

No hubo ningún otro acontecimiento tan trascendental para mi generación en nuestra formación de

la conciencia del mundo. Para muchos fue nuestro rito de iniciación al siglo XX, probablemente el peor siglo de la historia.

En efecto, la Guerra Civil española no fue solo un conflicto interno librado en el seno de un país aparentemente situado en los márgenes de Europa y mayormente ajeno a sus dinámicas principales desde la pérdida de su inmenso imperio ultramarino a principios del siglo XIX. Fue también y decisivamente una contienda internacionalizada de vital proyección exterior, deviniendo así un episodio central de la crisis continental de los años 30 del siglo XX.

La razón básica de esta conversión de la arena española en un foco de atención mundial residió en un doble fenómeno. Por un lado, fue el resultado de la presencia de una analogía esencial entre la crisis española que dio origen a la guerra y la crisis general europea que se prolongó durante el llamado “periodo de entreguerras (1919-1939)”: como subrayaría Azaña en el exilio, lo que afrontó la República española entre 1931 y 1936 “era un problema político no tan nuevo que no se hubiese visto ya en otras partes”. Por otro lado, fue el producto de un estrecho paralelismo cronológico, de una sincronía temporal, entre el desarrollo de la guerra española y la crisis final europea que condujo a la Segunda Guerra Mundial: una vinculación tan estrecha que haría que el reputado historiador británico Arnold J. Toynbee se preguntara en octubre de 1938 “si la guerra en España era una contienda civil española o una guerra internacional librada en la arena española”.

Debido al primer factor analógico, la lucha española entre las fuerzas reformistas-revolucionarias de la República contra las fuerzas reaccionarias de un ejército insurgente parecía reduplicar en una escala menor la creciente tensión triangular que fracturaba al conjunto de Europa con alternativas sociopolíticas antagónicas: el bloque democrático occidental (la entente franco-británica) frente al eje revisionista totalitario (Alemania e Italia), con o sin el apoyo de la Unión Soviética revolucionaria. Debido al segundo factor cronológico, la temporización de la guerra en España se desarrolló justo a la par y en contacto con la crisis final que puso fin a la tregua de veinte años firmada por el armisticio de noviembre de 1918 y socavada gravemente por los efectos disolventes de la gran depresión económica de 1929. Por ambos motivos, la guerra de España suscitó un apasionado interés en la opinión pública europea, cualquiera que fuera su simpatía (ya porque se entendiera como una batalla crucial entre la democracia y el fascismo o como un combate radical entre el comunismo y la civilización occidental). Y, todavía más importante, esa analogía y sincronía también posibilitaron el súbito proceso de internacionalización de la contienda, derivado de la intervención (o inhibición) de varias potencias extranjeras en apoyo a los bandos en conflicto.

Por su propia naturaleza polifacética, la Guerra Civil ha generado desde sus inicios una fascinación constante entre lectores legos o duchos en la materia (mayormente españoles, pero también extranjeros). Y por eso mismo está a disposición del público una estimable pléyade de obras historiográficas que analizan desde distintas perspectivas casi todas sus dimensiones. En 1986, al cumplirse el 50

aniversario del inicio del conflicto, una estimación bibliométrica calculaba que se habían escrito sobre el tema, en España y en el extranjero, “más de quince mil libros”, lo que constituía “un epitafio literario equiparable al de la Segunda Guerra Mundial” (en palabras del hispanista Paul Preston). Y la tendencia no cesó después de ese aniversario puesto que en 1996 una nueva estimación registraba que en veinte años (1975-1995) se habían publicado no menos de 3.597 trabajos sobre la guerra española (casi trescientos editados en países extranjeros). Una última valoración sobre el asunto realizada en 2007 apuntaba que la producción bibliográfica sobre la guerra española para entonces alcanzaba “ya la cifra de 40.000 ejemplares”.

El interés público, tanto español como internacional, por la Guerra Civil comenzó nada más estallar la contienda en el caluroso verano de 1936, justo cuando empezaban a configurarse los bandos europeos que habrían de enfrentarse apenas tres años después. A saber: el eje germano-italiano de potencias fascistas decididas a revisar el *statu quo* europeo y mundial de buen grado o por la fuerza de las armas; la entente franco-británica de potencias democráticas dubitativas entre el apaciguamiento del eje o la resistencia armada ante sus demandas revisionista; y la Unión Soviética como potencia revolucionaria anticapitalista, temerosa de la amenaza de los primeros pero desconfiada de las intenciones de los segundos y presta a sumarse a uno u otro bando según las circunstancias. Un contexto europeo, así pues, tenso e inestable que la propia crisis española agravó decisivamente hasta convertirse en uno de sus episodios fundamentales.